

FORMACION DE MUSEOLOGOS Y PROGRAMAS DE MUSEOLOGIA

Ignacio Díaz Balerdi

En la actualidad, resulta indudable que los estudios sobre temas museológicos despierten un interés creciente. Ello se debe, en primer lugar, a la revalorización experimentada por los propios museos, entendidos no ya como depósitos o almacenes de un legado cultural específico, sino como centros vivos en los que se gesta la cultura misma. Se suceden las publicaciones que día a día aparecen en el mercado, los medios de comunicación constatan el renovado interés por un fenómeno poco menos que larvado años atrás, los especialistas se reúnen y discuten, las instituciones toman cartas en el asunto. Todos, cada uno a su modo, buscan profundizar, con mayor o menor fortuna, en la optimización de las posibilidades ofrecidas por el museo como centro educativo, de investigación, de conservación o de exposición de colecciones.

En términos generales, el deseo de abrir nuevos cauces de participación colectiva y, sobre todo, de sistematizar el cúmulo de datos y conocimientos referentes a la museología no es un fenómeno nuevo. Concretamente, a partir de la creación y afianzamiento como organismo operativo del INTERNATIONAL COUNCIL OF MUSEUMS (ICOM), se observa una preocupación desdoblada en dos vías convergentes: por un lado, se potencia de muy diversas maneras el papel que los museos pueden y deben desempeñar en la sociedad y, por otro, se analizan críticamente los presupuestos teórico-prácticos que coadyuvan a ese romper con las limitaciones que durante tanto tiempo han constreñido al museo.

En el País Vasco se constata una paradoja que también se da casi en la misma medida, aunque con algunas excepciones, en el resto del Estado: si los esfuerzos por sacar a nuestros museos de su inveterado ostracismo han sido encomiables, no sucede lo mismo en el apartado analítico y, hoy por hoy, carecemos de suficientes estudios que incidan directamente en el campo de la Museología. La producción al respecto resulta, por lo general, escandalosamente exigua.

En nuestra opinión, el problema se debe en gran parte a la ausencia de un programa de estudios que capacite, aquí y ahora, a los futuros encargados de museos para el desempeño de sus funciones. De ahí que el interesado en estos temas se vea en la necesidad de buscar en otro sitio un centro donde familiarizarse con los presupuestos teórico-prácticos de la Museología,

o bien, de bucear un poco a ciegas en los repertorios bibliográficos al uso (las más de las veces fuera de su alcance) para desbrozar informaciones, seleccionar datos y articular de manera razonada sus preocupaciones.

Hasta fines del siglo XIX los museos estuvieron al cuidado de conservadores honorarios, gentes de prestigio, eruditos o filántropos, que pusieron lo mejor de su empeño en conservar para la posteridad objetos y legados susceptibles de figurar en colecciones y enriquecer fondos patrimoniales. Con la llegada del siglo XX se tiende, cada vez más, a nombrar conservadores a especialistas en campos específicos relacionados con la naturaleza de los fondos museográficos: historiadores para los museos de historia y arte, arqueólogos para los de arqueología, biólogos y zoólogos para los de ciencias naturales, etc.

Pero las concepciones actuales acerca de la museología implican unos requisitos de gestión que van más allá de la especialización universitaria. Esta es necesaria, indudablemente; pero los problemas de conservación, seguridad, diseño, administración, legislación, comunicación y relaciones públicas, por sólo citar algunos de entre los más importantes que genera la dinámica de un museo, precisan actuaciones que no se pueden dejar en manos de la improvisación, y para los que difícilmente se está preparado tras obtener un título universitario. De ahí la necesidad ineludible de una formación específica y rigurosa.

Tradicionalmente el personal de los museos se ha formado en los propios museos, en la práctica y trabajo cotidianos. Sin embargo, hoy en día se han impuesto definitivamente los cursos de museología como el camino más adecuado para la formación de museólogos. La ventaja más evidente de este tipo de cursos sobre la formación meramente práctica estriba en que esta última es limitada y, generalmente, especializada, sin contemplar la actividad museológica como un todo global y unitario.

Esta necesidad de formación, así como el debate generado en torno a las distintas propuestas y planes de actuación, se vio sancionada por la creación en el seno del ICOM de un comité encargado de tratar específicamente este problema. Aunque sus orígenes se remontan bastantes años atrás, el salto definitivo y la institucionalización de sus actividades se pueden situar

en el Congreso de Leningrado, en mayo del 77, donde se adoptó una resolución sobre la estructura y el contenido de los programas de formación museológica de nivel universitario. Ello en base a dos razones: 1º) el desigual desarrollo de las enseñanzas entre unos países y otros; 2º) la oportunidad de articular una propuesta general que contemplara unas mínimas bases de actuación, a saber:

- Que se tratara de un programa destinado a licenciados o universitarios sin distinción de la naturaleza de sus estudios;
- Que no buscara la especialización en determinados campos, sino un acercamiento pluridisciplinar a la museología en general;
- Que el aprendizaje incluyera una iniciación a la historia, teoría y filosofía de museo, así como una profundización sobre su organización y funcionamiento;
- Finalmente que estuviera encaminada a formar conservadores y a hacerlos aptos para la profesión museológica.

Con todo, la diversidad sigue siendo en la práctica el factor que más claramente se constata entre unos programas y otros. Desde la insistencia en los contenidos ideológicos del museo, y su función como herramienta educativa, que podemos rastrear en los centros de formación de países socialistas, hasta la muy desarrollada vertiente económico-administrativa de los norteamericanos, la oferta es muy amplia. Incluso en países europeos próximos a nosotros las diferencias son notables. Veamos algunos ejemplos.

La Università dell'Arte de Florencia propone un curso de aproximadamente siete meses de duración, con un total de 138 horas dedicadas a las materias fundamentales, además de diversos trabajos de laboratorio y experimentación. La Universidad de Leicester otorga un certificado de estudios de postgrado en museología tras nueve meses de cursos, seminarios y trabajos prácticos, que totalizan unas 1.500 horas, siendo obligatoria una estancia a tiempo completo, en un museo seleccionado, durante al menos ocho semanas, así como presentar diversos trabajos y superar unos exámenes finales. En París, l'Ecole du Louvre forma a quienes luego tendrán acceso al cuerpo de conservadores de museos, durante cuatro cursos académicos: su enseñanza incide particularmente en la historia del arte y, en niveles superiores, se combina con problemas museológicos. Y para acabar, en Catalunya, el Servei de Museus de la Generalitat ha organizado unos programas de postgrado, de dos cursos académicos, tres horas al día y tres días a la semana, con trabajos finales individuales y colectivos, enfocados a la formación museológica y al reciclaje del personal de museos.

Este amplio abanico de posibilidades y la falta de identidad de criterios son problemas que preocupan a

los especialistas. Para subsanarlos en alguna medida, el ICOM aprobó como documento orientativo un temario básico que debería ser cubierto por cualquier programa de formación, dividido en nueve grandes apartados:

- 1.— Introducción a la museología.
- 2.— Organización, gestión y administración de museos.
- 3.— Arquitectura, instalaciones y equipamiento.
- 4.— Las colecciones: origen, documentación, colocación y movimiento.
- 5.— Actividades científicas: investigación.
- 6.— Conservación y tratamiento de las colecciones.
- 7.— Presentación. Exhibición.
- 8.— El público.
- 9.— Acción cultural y educativa del museo.

Obviamente, el desarrollo de un programa de este tipo requiere unas condiciones mínimas de infraestructura y coordinación. No se puede hacer abstracción de la realidad, articulando una serie de actividades que generen falsas expectativas entre los estudiantes o un aprovechamiento posterior escaso o nulo por parte de los museos (teóricos beneficiarios de la promoción de especialistas). Por ello se hace indispensable el engarce de distintos estamentos (universidad, museos, administración) capaces de asegurar la buena marcha de los cursos y el ulterior beneficio social de los mismos.

La participación de los museos es de vital importancia, pues resulta absolutamente imprescindible una prolongada estancia en los mismos a fin de realizar prácticas. Estas habrán de cubrir todas las actividades contempladas en el organigrama del museo y, caso de no existir algún departamento clave en el mismo (por ejemplo, el gabinete pedagógico), deberán ser completadas en otro. Todo ello, claro está, bajo el control directo y supervisión de los profesores-tutores.

Por otro lado, son necesarias una serie de condiciones para el buen funcionamiento de los cursos. Así, se deberá contar con una biblioteca que cubra de manera suficiente los diversos apartados de la formación museológica; un laboratorio para prácticas de conservación, climatización y luminotecnia; un taller para estudios de diseño, maquetas y rotulación y, de ser posible, un estudio fotográfico; finalmente un cuerpo de enseñantes de elevada profesionalidad.

Puede que a primera vista el poner en marcha algo tan ambicioso parezca difícil y no exento de riesgos. Lo es. Pero no podemos perder el tren de la historia. En otros sitios llevan años de andadura, y de ellos podemos aprender sin necesidad de repetir errores. Sólo necesitamos voluntad y esfuerzo a la hora de enfren-

tarnos a lo que constituye una necesidad y un reto. Necesidad, porque el trabajo en un museo y el cuidado y aprovechamiento de sus fondos implican una adecuada preparación. Y reto, porque de lo que se trata es de adecuar, de la manera más creativa posible, la respuesta del museo y de sus encargados a los cada vez más exigentes planteamientos de la sociedad en lo referente a la gestión de su patrimonio cultural.

Quiero acabar mi breve exposición con una cita de Gaël de Guichen (ICCRUM/Roma) que resume de manera muy expresiva la necesidad de la formación museológica: «Lo que antes era un trabajo o pasatiempo de entusiastas iluminados, se ha convertido en un deber y un trabajo profesional. Ahora son necesarias demasiadas cualidades en un buen museólogo como para dejar este trabajo a los aficionados».